

## VENTA DE UN ESCLAVO EN FUENTERRABÍA



(A MI QUERIDO AMIGO D. ANTONIO ARZÁC)

Un domingo á la tarde, el 19 de Julio de 1648, un joven de 25 años de edad, de tez tostada, buena estatura, cubierto con un vestido pardo, roto y mugriento, con un palo en la mano derecha y colgando un rosario de la mano izquierda, en la cual le faltaba un dedo, recorría las calles de Irún, pidiendo de puerta en puerta una limosna por el amor de Dios. Por ocultar mejor su intención que era la de pasar á Francia, dejó la calzada real y se presentó en el portal de la casería «Machifien-borda» donde topó con una cuadrilla de mocetones que le tomaron cargos, preguntándole quién era y de dónde procedía.

—Soy de las «Cuatro Villas»—contestó en correcto castellano el citado pordiosero; pero no sé qué encontraron en su acento, que uno de los mozos, Tomás Eizaguirre, saliendo de la cuadrilla, le puso de un salto la mano en el pescuezo, sujetándole con aquellas tenazas de carne, con la misma furia que si fuera á una zorra ó un lobo sorprendido en el redil.

—Santíguate—le dijo con imperio,—y tal fué el efecto mágico de esta palabra, que el prisionero, todo turbado y confuso, dejó caer el rosario al suelo.

—Turco ó moro eres tú,—prosiguió Tomás,—y mejor te irá si lo confiesas.

—Verdad es,—contestó Eiza Audala, viéndose descubierto.—Soy hijo de Audala y de Memes mi madre. Nací en Zale (Berbería), y liabiendo salido en corso hace dos años y tres meses en un barco bergantín de dos piezas y 34 hombres, á las órdenes del cabo Bram Arraiz, renegado de origen Francés, tropezamos en el estrecho de Gibraltar con dos navíos Flamencos que nos llevaron prisioneros á Holanda, donde pasé al poder de un Maestre Inglés, que, condolido de mi situación,

me dejó en libertad echándome á tierra en la costa de Andalucía y caminaba ahora buscando tierra francesa para pasar desde allí á mi patria.

—En ese caso, me perteneces como esclavo,—le replicó Tomás y sin que hiciera la menor resistencia Audala, le condujo á la carcel de Fuenterrabía, haciendo entrega al Alcalde, juntamente con un escrito en el cual solicitaba que, poniéndole en pública subasta, conforme á las leyes del Reino, se le diese la parte que de su venta le pertenecía.

Se abrió la correspondiente información, y, probados los hechos, se anunció la subasta en las calles por medio de pregón.

Reunido en la plaza pública el vecindario y soldados del presidio el domingo 9 de Agosto, después de misa mayor y expuesto el preso en el punto más culminante para que mejor lo pudiesen examinar los licitadores, batió la caja el tambor publico Bernardo Antona, siguiendo las instrucciones del Alcalde D. Pedro de Zuloaga y dió lectura en voz alta á las condiciones de subasta, poniendo en almoneda al esclavo al precio de 20 ducados ó sean 220 reales.

No era gente melindrosa y sentimental la que acudió á presenciar aquel acto. Los «Echeko-jaunak» y los «Bordarik», como llamaban aquí á los colonos, acostumbrados á pelear incesantemente con las alimañas del monte Jaizkibel ó con los Franceses de la frontera, con quienes andaban á diario á mosquetazo limpio defendiendo los derechos de España en el Bidasoa; los curtidos «Mariñelak» acostunbrados á saltar sobre el lomo de la ballena para mejor asegurar el golpe del arpón y á sujetar con el lazo al voraz marrajo que, con osadía increíble, acechaba el momento oportuno para arrebatarnos su pesca; las varoniles amazonas que, vestidas de hombre y armadas con lanzas y arcabuces, se presentaron hacía diez años al gobernador Eguía pidiéndole puesto para pelear en la muralla y se ocuparon durante aquel memorable sitio en arrancar del foso los cadáveres de los que sucumbían en defensa de la patria para que no cayeran en manos del enemigo; estas terribles gentes, habituadas á mirar sin espanto á la muerte, eran las que iban á decidir de la suerte del atribulado moro y ¡vive Dios! que de tan ruda raza, más se podía temer que esperar.

Sin embargo, para estos valerosos habitantes, educados en el continuo batallar de aquellos tiempos, y acostumbrados á ver morir á sus golpes fieras, cetáceos y hombres, tenía la renta de un semejante suyo algo de odioso, algo que les repugnaba.

—Veinte ducados, señores, es el precio de este hombre,—gritaba

Bernardo poniendo la mano sobre el hombro de Audala:—¿hay quien los dé?

Llena estaba de bote en bote la Plaza de Amas de Fuenterrabía, pero á pesar de eso, al concluir la pregunta el pregonero, se impuso la numerosa concurrencia un silencio aterrador, espantoso. Aquellos nobles corazones, ocultos bajo tan rudo envoltorio, latían con violencia temiendo que hubiera entre ellos quien ofreciese dinero por un semejante.

Se repitió la pregunta otras dos veces, y cuando se iba á dar el acto por terminado, se oyó en el centro de la plaza una voz que decía: *jabe egiten naiz*, «me hago dueño», cuya oferta, chocando con los generosos sentimientos de aquella multitud, levantó un murmullo general de protesta que fué á perderse en el espacio, confundido con el ruido que producía el cantábrico al estrellar sus olas contra los muros de la ciudad.

Irguíéronse todos para conocer al comprador, creyendo ver en él algún avaro de nariz aguileña con aire de pecador, pero su asombro no tuvo límites cuando supieron el nombre del postor.

¡Jacobe Laborda! fué el grito que se escapó de todos los labios, sorprendidos de que tan venerable anciano, merecedor de los respetos de todo el vecindario por la nobleza de sentimientos que había mostrado en todos los actos de su vida, cometiera la infamia de negociar con carne humana. En efecto, él era el que, abriendo paso entre la muchedumbre caminaba hácia la presidencia, apoyado en un palo y levantada en alto su hermosa cabeza con blancas melenas, demostrando en la serenidad de su semblante que no temía arrostrar los prejuicios del prójimo. El murmullo del público cesó ante aquel nombre por todos respetado y con religioso silencio le vieron cómo se acercaba á la presidencia, sacaba de la faja tranquilamente la bolsa de lienzo y depositaba sobre la mesa los 20 ducados.

Seguidamente se procedió al reparto de esta cantidad de la manera siguiente:

Por 21 días de manutención del preso	21 reales
Costas	64 »
Derechos del Escribano	24 »
	<hr/>
	109 »

Restaban 111 reales que repartieron en tres partes iguales:

Para el señor Alcalde	37
Para la cámara de S. M.	37
Para el aprehensor Eizaguirre	37

Faltaba el epílogo, que el público esperaba con verdadera ansiedad. Veamos lo que sucedió.

El señor de Laborda llamó á su hijo mayor que, obediente al mandato de su padre, se apresuró á presentarse á su lado.

—Juan,—le dijo en voz alta,—prepara nuestra mejor chalupa «Santa María Magdalena» y llevándole á este hombre á Hendaya, déjale allí en libertad, para que no se diga nunca que la noble Fuenterrabía ha empañado su historia sin mancha, comerciando con sus semejantes.

Un ¡urra! espontáneo, general, entusiasta, salió de todos los ámbitos de la plaza, correspondiendo al comportamiento generoso de aquel bienhechor, y mientras todos celebraban gozosos su desinterés, el infortunado Audala doblaba la cabeza para llorar copiosamente, obligado por la viva emoción que le produjo el proceder magnánimo de aquel venerable anciano y el júbilo con que recibía su libertad aquel pueblo, digno por muchos conceptos de las mayores alabanzas.

A los pocos minutos se despedía Audala besando las manos al señor de Laborda y al Alcalde señor de Zuloaga, que aprovechó aquella ocasión para entregarle con disimulo los 37 reales que le correspondieron de derechos en su venta, y apenas tomó asiento en la embarcación que meciéndose ligera le esperaba en la orilla, veinte reinos hendían el agua acompasadamente, llevándole al través del Bidasoa con tanta rapidez como el deseo de libertad del cautivo podía apetecer.

Apenas puso el pie en tierra Francesa, saludó al pueblo, que en masa le contemplaba desde el *Mirador*, mientras su libertador, satisfecho de su obra, exclamaba conmovido:

—¡Nuestra Señora de Guadalupe te proteja!

SERAPIO MÚGICA.

